

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Advertencia.* = *La Pascua de Navidad, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Pavía, por D. José Gonzalez de Tejada.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

**Los Sres. suscritores cuyo abono termina en 31 del presente que no quieran sufrir retraso en el recibo de sus números, deberán renovar su suscripción por medio de los comisionados respectivos o remitiendo sellos de franqueo o libranzas de tesorería.**

## ADVERTENCIA.

Con este número termina el tomo de LA MODA correspondiente al año de 1858. La colección del periódico manifiesta mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo, la manera con que hemos llenado nuestros compromisos. Siempre hemos ido mucho más allá de nuestras ofertas, y esta es la garantía más segura que pudiéramos presentar de que en el año entrante, como en este, no nos limitaremos jamás al estricto cumplimiento de aquello á que nuestros prospectos nos obliguen.

Con uno de los inmediatos números repartiremos, según costumbre nuestra, á los constantes favorecedores de este periódico un almanac cromolitografiado, espresamente hecho para LA MODA. El próximo domingo se distribuirá la cubierta é índice del tomo que corresponde al año que finaliza.

Concluirémos manifestando que siendo grande el número de las suscripciones anuales que van presentándose, y escaso relativamente el de las obras que en el programa están destinadas á la elección, importa á las personas que piensen suscribirse por el año el verificarlo á la mayor brevedad. De lo contrario es fácil que elijan obras que ya hayan sido agotadas.

Réstanos advertir, por último, que en la impres-

DICIEMBRE.

cindible necesidad de dar en este tomo terminada la primera parte de la novela Rugier de Lauriga que venimos insertando, damos al efecto hoy un pliego más por vía de adelanto al inmediato, que lo llevará de menos.

## LA PASCUA DE NAVIDAD.

Estamos en plena Pascua. Las antiflamónicas zambombas, los desapacibles pitos, y las matracas, que según la feliz espresion de un amigo nuestro, debieron sin duda haber sido inventadas para los oídos de Atila y de sus feroces hunos, no nos dejan duda de que el pueblo goza en la más popular y estrepitosa de sus fiestas. La pandereta tradicional, sea ó no sea el *crótalo*, cuestion para más despacio, se agita en las manos de cuantos toman parte en las diversiones de la Noche Buena, y ora corre las calles, ora se repiquea ante la mesa de un Nacimiento casero, haciendo son al chirrido de la masa frita que se escucha en lontananza como avisando su apetecida llegada.

Pero una Navidad no se entra así de rondon. Tiene sus síntomas que la anuncian, ó sean sus *pródromos*; palabra técnica, estrambótica é ininteligible para los más, lo cual la hace preciosa en un artículo de revista.

Mucho ha disminuido la importancia de los ciegos en Pascuas desde la nueva irrupción de las zarzuelas. Una comparsa de ciegos cantando al son de sus rotos violines, de sus desvenecijadas guitarras, de sus mugrientos panderos, era una cosa hasta cierto punto notable por lo mala. Fuera de esta época y fuera de estas circunstancias, no estábamos azezados á oír aquellos ahullidos, aquellos maullidos, aquel horrible desconcierto, aquella anarquía de ruidos, que no de notas, aquellas coplitas tan cucas compuestas *ad hoc* para el dueño de cada casa, como por ejemplo:

"Tengo de echar una copla  
por encima de un lentisco  
porque Dios le dé salud  
al Señor D. Francisco."

Todo esto, repetimos, tenía de risible lo bastante para entretener un par de minutos y para que bien mereciesen los cantantes media docena ó una de motas; pero desde que en los teatros ha llegado á erigirse con pretensiones de género artístico una quisicosa que á veces no vale mas que los villancicos de los ciegos, desde que se lanzan á cantarlas quienes frecuentemente ni saben ni hacen mas que aquellos, y en fin, desde que todo eso cuesta once ó doce reales, ya han perdido, como digimos antes, su importancia, estos conciertos de casapuerta y esas coplitas gratulatorias. ¿Para eso de coplitas de circunstancias no tenemos ahí al Trípili en la *Helicóna* del Huerto de la Tinaja?

Pasa como en autoridad de cosa juzgada que la Noche Buena no es noche de dormir. Eso no importaría mucho, porque al cabo cada cual puede hacer lo que guste de su sueño. Pero es lo peor que suele ser además noche de no dejar dormir; y como el sueño es un derecho inconcuso de todo ciudadano, resulta que la ley debería proteger á cada cual en el uso de él durante las horas al efecto establecidas por la racional costumbre. Sin embargo, no es así. Los serenos, únicos seres humanos á quienes la ordenanza municipal autoriza para interrumpir periódicamente el silencio de la naturaleza, se despojan durante esa noche de su privilegio exclusivo para dejar que los demás chillen á su antojo, penetrando hasta lo mas apartado del hogar doméstico el confuso vocerío de los tangos, el jalear de las palmas y los aguardientosos ecos de la caña ó de las playeras.

Pero la humana naturaleza no se paga tan solo de ruidos ni concibe que se pueda gozar cumplidamente sin comer bien, ó siquiera menos mal que de costumbre. De aquí las peticiones de aguinaldos, en las que á vueltas de treinta felicitaciones de palabra ó por escrito, en prosa ó en verso, hay que soltar otras tantas propinas, todas en letras á la vista con esclusión de papel, á guisa de fórmula de documento de giro. El turrón: esa es la palabra técnica, la palabra que ha hecho fortuna subiéndose hasta las elevadas regiones gubernamentales, convirtiéndose frecuentemente en arma de partido y en bandera de las oposiciones. Nosotros aquí no hablamos de esta especie de turrón, sino de esa otra harto mas humilde que á nuestras puertas vienen á so-

licitar el basurero que nos gruñe un cumplimiento desde el portal; el sereno que nos da las Pascuas casi en el mismo tono con que nos canta la hora; los municipales, que en vez de decir que no se sacudan las esteras vienen hoy á suplicar que se sacudan los bolsillos; los repartidores de periódicos, que hoy apartándose de estos en doctrinas pretenden que en Navidad es conveniente un recargo en provecho suyo al presupuesto ordinario de gastos; el mozo del gas, el cual no quiere que por aquel día haya en la casa mas contador que él; y así sucesivamente van acudiendo otros, sin contar los que os esperan á la puerta de los teatros, y en los corredores de los palcos, y detrás de las lunetas, y que hasta parece salen de debajo de las tablas apiladas en el Principal, ni sabemos si esperando á soltar la polilla con el oreo, ó si con el solo fin de imposibilitar de todo punto el tránsito, allí siempre tan dificultoso á poca que sea la concurrencia.

Réstanos decir algunas palabras del pavo, víctima de fórmula é indispensable despojo en toda mesa de Navidad.

Nadie ignora á lo que sabe: pero muchos, y nosotros los primeros, ignoramos lo que por él se ha querido significar recientemente.

Mientras no muda la pluma se llama pollo á la cria del ave, pero de un modo especial á la de la gallina. El pollo de esta denomínase despues gallo, así como la cria del pavo toma el nombre de pavipollo. El pollo, el gallo y el pavo no son por tanto gradaciones en la edad de un mismo animal, sino que este último es diferente. Ahora bien, aplicados estos términos al género humano comprendemos que el pollo pueda llegar á gallo, pero no que este pase nunca á ser pavo.

Esta es una cuestion de historia natural que convendría se nos resolviese, para que pudiéramos apreciar el chisté de buen género que segun noticias encierra cierta copla cantada nochés há en la *Helicóna* que en otro lugar de este artículo hemos citado. Mientras tanto, nos quedamos en ayunas de la gracia.

Quiera Dios que no nos quedemos en ayunas del pavo de Pascuas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

---

## TEATRO PRINCIPAL.

---

No como novedad absoluta, sino como novedad en lo tocante á su ejecucion diremos dos palabras de *La Cantinera de los Alpes*,

puesta en escena pocas noches ha en este teatro.

Ya lo habia sido en la temporada anterior, y entonces dijimos no ser otra cosa la tal Cantinera que *La figlia del regimento*, linda ópera italiana, ya aquí de antiguo conocida. Se nos ha dicho que la Sra. Solera se resistia ahora á ejecutarla, toda vez que en un periódico de Cádiz se le advertia no fuese osada á entrar en una competencia imposible con la Srta. Ramirez, con cuyos recuerdos indelebles tenia que luchar en toda produccion que esta hubiese egecutado. Queriase en suma que la Srta. Ramirez colgase sus notas de la espetera y del hilo de alambre, como Cide Hamete colgó su péñola, y escribiese debajo aquellos versos:

"Tate, tate, follonicos,  
de ninguno sea tocada,  
porque esta empresa, buen rey,  
para mí estaba guardada."

Sin embargo, no por voluntad, sino por obediencia, la Sra. Solera salió temblando á arrostrar la saña de los *Soleri-fobos* (y perdónese el plagio en gracia de lo oportuno del original); mas donde temió acaso desdenes alcanzó lauros, donde frialdad entusiasmo, donde anatemas palmadas nutridas y bravos estrepitosos. Pidióse la repetición de varias piezas, y concluida la ópera llamóse á la escena á la artista entre una unánime esplosion de vítores. Eran justos, eran legítimos.

No se trata aquí de comparaciones, siempre odiosas: no hay para que deprimir á nadie. En el templo de las artes, como dice Marieta en *El estreno de un artista*,

"Hay coronas para todos  
los que las saben ganar."

La Srta. Ramirez tiene demasiado mérito para haber de envidiar el ageno, y demasiado buen juicio para que la ofusque el espeso incienso de amigos mas ardorosos que prudentes. Estamos seguros de que ni de sus labios ni de su corazon ha podido salir jamás ese anatema contra quien quiera que ose cantar lo que ella ha cantado, y mas cuando no es por empeño de competir, sino por llenar el deber á que fuerza una contrata. Espontáneamente le hacemos toda esta justicia, porque la tenemos en mucho y la apreciamos harto mas que sus ciegos aduladores.

El éxito alcanzado en La Cantinera la primera noche no se ha desmentido en las siguientes. El público ha inundado de flores el escenario.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POE

D.<sup>a</sup> FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

Cuando Catalina volvió en sí hallóse recostada en su lecho teniendo á la cabecera al pobre Adrian que la pedia mil perdones por la indiscrecion que habia cometido.

—Oh! no me ama, me hacia traicion, quiere á otra! decia la jóven abismada en su dolor y vertiendo un mar de lágrimas.

Desde aquel dia las megillas de Catalina perdieron su precioso arrebol y su frente abrumada por el pesar se inclinaba como una rosa marchita combatida por las inclemencias del cierzo.

Adrian trataba en vano de distraerla, y suponiendo autor á Rugier de todos aquellos males, mostrábase desconfiado y ganoso de dirigirla una provocacion que no diese lugar á un escándalo, y que sin embargo le facilitase una sangrienta venganza.

Rugier creia ver en todo la mano de la condesa; pero habia jurado guardar el mas profundo silencio respecto á los planes de esta y esperaba encontrar un indicio seguro que le pusiese en el caso de devolver golpe por golpe todos los que ella le dirigiese, segun tambien se lo habia jurado solemnemente.

La condesa, sin embargo, habia desaparecido por completo, sin que nadie supiese de ella en palacio ni en toda la ciudad. Los reyes la creian encerrada en el convento de Borja.

Cuando Adrian oia el nombre de esta muger, su corazon se estremecia, porque la amaba, la amaba con toda su alma.

Otro tanto sucedia con don Lope de Haro respecto á Catalina; el hijo del fugitivo señor de Vizcaya solia concurrir con frecuencia al alcázar de los reyes de Aragon, casi siempre con el único objeto de contemplar á la jóven Montalvo.

—La amais, estais enamorado como un niño, solia decirle el vizconde de Castelnuovo que le habia cogido la mas tierna y delicada aficion.

—Sí, sí, la amo; la quiero con toda mi alma, respondió un dia D. Lope suspirando.

—¿Por qué no se la pedís á su hermano?

—Temo una repulsa, vizconde.

—¿Quien sabe! ¿quereis que yo eche la sonda y tantee el terreno?

—¡Oh! me hariais un beneficio inmenso.

—Esperad; dijo Castelnuovo; el vencedor de Ceuta, segun vos me llamábais, no es tan agreste como suponiais. Entretanto, ved el medio de granderos el amor de la jóven.

—Creo que ya no me mira con tanto desden.

—Mejor que mejor: si ella os ama, su hermano accederá desde luego.

—Oh! si yo tuviera aquí mi pagecillo!

—Qué hariais?

—No sé: pero estoy seguro de que me serviría.

—Mucho decir es, Lope; vuestro page pudiera no ser lo que parece y negarse por lo tanto á llevar y traer recados de amor.

—Eso he dicho yo mas de una vez, murmuró D. Lope algo pensativo.

—Qué?

—Que mi page no era lo que parecia.

Desde que D. Lope tuvo esta conferencia con el vizconde de Castelnovo, su amor tomó un nuevo incremento estimulado por la esperanza. Con este motivo redobló sus visitas, dirigió mil frases apasionadas á Catalina y trató de adquirir intimidad con Montalvo. Este por su parte le daba pruebas de simpatía y la jóven, á pesar de su palidez y de la evidente decadencia que experimentaba en su salud, mostrábasele alguna vez, en particular cuando estaba delante de gente, mas amable de lo que en un principio tenia de costumbre.

Un dia paseaban los cortesanos por uno de los jardines del rey; D. Lope se acercó á Catalina y le ofreció su brazo al mismo tiempo que Rugier de Lauriga la dirigia igual peticion.

Catalina se apoyó en el brazo del primero dirigiendo al segundo una mirada que D. Lope no supo ni podia comprender.

—Oh! me ama; me ama! pensó el de Haro considerándose el mas dichoso de todos los hombres.

Lauriga dejó escapar una mirada impregnada de odio, de cólera y de desesperacion, á la que D. Lope respondió con un ademan altanero y provocativo.

Rugier sentia que los celos le estaban despedazando el alma.

Aquel jardin era el mismo en que habia tenido su conferencia con Catalina.

—¡Dios mio! ¿qué es esto? decia viendo alejarse á su amada; ¿será posible que haya olvidado su promesa?...

Costábale, á pesar de todo, gran trabajo suponer que Catalina obrase de aquel modo por pura coquetería y sin quererlo volvió á traer á su memoria la imágen de Doña Ana.

—Esa muger es capaz de todo, murmuró; tiempo es ya de que se aclaren semejantes misterios.

Rugier vió en un grupo de hombres á su antiguo amigo Adrian.

—Le hablaré, decia dirigiéndose á él; le abriré mi corazon y veremos si han sembrado zizaña en el campo de mis ilusiones.

Rugier se acercó á Montalvo el cual le recibió con una frialdad que casi rayaba en un altanero desprecio.

—Deseo hablaros, dijo al fin dominando su dolorosa emocion.

—Lo siento, repuso Adrian; tengo que hacer y estoy muy de prisa.

Y el hermano de Catalina hizo ademan de querer retirarse volviéndole las espaldas.

Rugier se puso pálido como un cadáver, viendo que su diálogo con el hermano de Catalina era objeto de la atencion general.

—Exijo de vos una conferencia, dijo todavia con acento amistoso.

Adrian se volvió repentinamente y le midió de piés á cabeza de una sola ojeada.

—Habeis dicho *exijo*, repuso con altaneria. ¿Queréis explicarme esa palabra?

Si hubieran estado solos, Rugier le hubiera dicho tal vez:

“Matadme, amo á Catalina y vengo á vos á quien amo como mi mejor hermano, con objeto de que me saqueis de esta mortal inquietud.”

Pero la provocacion era pública, público el ultraje y los murmullos de los que estaban á su lado llegaron hasta él sordos y amenazantes. Entonces le pareció que un torrente de sangre le anublaba la vista ofuscando sus sentidos.

—¡Adrian! exclamó avanzando un paso sin saber lo que hacia.

—Parece que me amenazais ¿queréis que tengamos camorra? Si es así, decidme cuando y como.

—Cuando gustéis, respondió Rugier sin saber lo que decia y alejándose lleno de desesperacion.

El rey, que llegaba entonces, le defuvo poniéndole una mano en el hombro:

—¿Donde vas tan corriendo? le preguntó.

Rugier no supo contestar; D. Jaime se apoyó en su brazo y le dijo:

—Escúchame, capitán.

Lauriga siguió la direccion que el rey le trazaba y este continuó:

—¿Sabes, le dijo, que Adrian y Catalina de Montalvo son primos de tu reina?

—Lo sé, señor, repuso el jóven lleno de admiracion.

—¿Sabes, volvió á preguntar D. Jaime, que el dia que perdiste nuestro estandarte fuiste socorrido por ellos?

—Sí, lo sé; volvió á decir Lauriga poniéndose rojo de vergüenza al ver que el rey le recordaba su derrota.

—Sabes, en fin, preguntó el monarca por tercera vez, que Adrian vino á mi córte, incógnito y con esposicion de su vida, mas bien por complacerte que por otra cosa y que entonces te dejó solo en su casa confiándote el honor de su hermana?

El jóven hizo una nueva señal de asentimiento; el monarca soltó entonces el brazo en que se apoyaba y parándose de pronto le dijo con tono áspero y severo.

—Pues si nada de eso has olvidado ¿cómo es que vas á batirte con tu bienhechor, con tu amigo y con el pariente de tu reina y señora?

El rey lo habia oido todo.

—Me ha provocado, respondió Lauriga confuso, si bien deseoso de que aquel desafio no se llevase adelante.

—Si te ha provocado, sus razones habrá tenido para ello, exclamó D. Jaime recalando estas últimas palabras. De todos modos me habeis faltado insultándoos dentro de mi propia casa y voy á imponeros un castigo: vuestro duelo no puede llevarse á cabo.

Rugier nada contestó.

—Pero como entre caballeros no es propio rebajarse hasta pedirse perdon, lo cual entre cristianos debería hacerse si hubiese mas piedad y mas temor de Dios; como yo no quiero mezclarme públicamente en semejante asunto, te prevengo que dentro de tres dias partirás de Zaragoza encargado de una embajada.

Rugier hubiera preferido la muerte mas bien que separarse, celoso como estaba, del punto en que residia Catalina. No atreviéndose sin embargo á desobedecer los mandatos de su soberano, guardó silencio y bajó la cabeza en señal de respeto y sumision.

Lauriga acababa de cobijar en su mente un pensamiento rico de esperanza y nuncio tal vez de su futura felicidad.

—Veré á la reina, pensó; una muger sabe comprender mejor que nadie la sinceridad de la inocencia y ella mejor que nadie tambien sabrá leer en lo mas recóndito de mi corazon.

Jaime II llamó á Castelnovo y le estuvo hablando en voz baja un breve espacio de tiempo.

Cuando el vizconde se separó el rey se dirigió nuevamente á Lauriga:

—Ya sabeis mi voluntad, le dijo; dentro de una hora os espero en mi cámara.

Rugier se alejó de allí dirigiéndose acto continuo á las habitaciones que ocupaba dentro del alcázar.

—Veré á la reina decia; le abriré mi corazon, se lo contaré todo y ¡quien sabe si S. A...! Oh! Catalina no puede amar á otro; Catalina no puede haberme olvidado; la condesa debe andar por aquí; pero yo la detendré en su camino.

Rugier penetró dentro de su cuarto y abriendo un armario sacó de este una preciosa cajita de ébano con adornos de plata, dentro de la cual tenia depositadas la rosa que Catalina le diera y alguna otra prenda que conservaba como si fuese un verdadero tesoro.

—Estos recuerdos me prestarán valor y confianza, decia Rugier dando vueltas á una llave dentro de la pequeña cerradura de plata que cerraba la cajita en que tenia su precioso depósito.

De pronto hizo una exclamacion de sorpresa y dejó caer violentamente la tapa de la caja que estaba del todo vacia.

Rugier se echó sobre un sillón exclamando con desaliento:

—Oh! la condesa; siempre la condesa!

Catalina entretanto permanecia ignorante de todo; al separarse de Rugier agarrada del brazo de D. Lope tuvo valor todavia para hacer entrever en sus labios una ténue sonrisa que poco á poco se fué desvaneciendo. A medida que ambos se internaban por una calle de árboles, precisamente la misma en donde Rugier le declaró una tarde su amor, la joven sentia que se agolpaba en su mente un mundo de recuerdos dolorosos y de ilusiones desvanecidas. Su pecho acongojado se oprimia cada vez con mayor angustia y sus sienas parecia que estaban ardiendo. Las frases galantes y apasionadas de D. Lope iban á perderse entre el ruido de las hojas de

los árboles y los trinos de los pájaros que cantaban en la enramada. Todo era para ella luto, soledad y tristeza. Faltábale Rugier, y sin Rugier parecia que le faltaba la vida.

Y sin embargo, una dueña que la servia, una de esas personas que saben ingerirse en el rincón mas ignorado de una casa, que sorprenden los secretos mas recónditos de un corazon, que empiezan dando consejos, al parecer desinteresados, y acaban por imponer su voluntad, solia decir á Catalina con aire cariñoso y solícito:

—Si quereis que os ame, Rugier, despreciadle; no le mireis; haced que se muera de celos.

—Yo me moriré antes, respondia Catalina llena de mortal desconsuelo.

—Tonta! esclamaba otra vez la vieja; si todos los hombres son iguales ¿cómo quereis que se acerque á vos mostrándoos enamorada?

Razon tenia Rugier para achacar todos sus males á Doña Ana. La vieja criada de los hermanos Montalvo habia pertenecido casi siempre á la servidumbre de la implacable condesa.

## CAPITULO XV.

Al separarse Castelnovo del rey D. Jaime II, trató de buscar inmediatamente al hermano de Catalina, con objeto de cumplir dos misiones: era la una transmitir al jóven Adrian algunas órdenes terminantes del rey, relativas á su reciente desafio con Rugier de Lauriga, y la otra pedirle, cumpliendo sus ofrecimientos y llenando un deber de amistad, que otorgase la mano de su hermana al enamorado D. Lope de Haro.

—Respecto á mis querellas con el capitán, dijo-le Montalvo, creed que me cuesta trabajo satisfacer los deseos del monarca que os envía: tiempo hace que Rugier y yo tenemos algunas cuentas pendientes, y como al buen pagador no le duelen prendas, si alguna he soltado esta tarde lo único que de ello me pesa es haberlo hecho dentro del alcázar. Si el rey enterado de todo me impone esa obligacion, id y decidle que será obedecido; que empeño mi palabra de caballero de suspender por espacio de tres dias cualquier choque con el de Lauriga; siempre que este, movido por iguales respetos, no se presente delante de mi vista, yo esquivaré la suya y dia vendrá en que ambos podamos vernos las caras.

El vizconde que ignoraba, como todo el mundo, las causas de aquella desavenencia entre Rugier y Adrian, y que estimándolos á ambos habia recibido por otra parte nuevas instrucciones del rey, trató de aminorar en cuanto pudiese la cólera de que su interlocutor parecia estar poseido. Para ello quiso tambien conocer las razones de aquella enemistad, y tanteando el terreno con la táctica y delicadeza propias de su esperiencia y buena educacion, logró al cabo que su jóven amigo sin poder contenerse y sin querer en modo alguno descubrir lo que acontecia, exclamase un tanto turbado:

—¿Quereis que os diga los motivos que me impulsan á negar hoy mi amistad al hombre que fa-

voreí en otro tiempo con mi cariño y mi confianza; quereis suponer que me dejo arrastrar por los brios inconsiderados que dan los pocos años y sin embargo, no sabéis que hace muchos dias estoy conteniendo mis ímpetus y ahogando dentro de mi pecho el deseo de tomar venganza de una verdadera ofensa. Decís que Rugier me ha estimado siempre, que hay apariencias engañosas, que hoy le ultrajé públicamente, y que entre dos caballeros que han estrechado los dulces lazos de amistad, no es propio ni conveniente llegar á un rompimiento semejante. Pero si á pesar de haberle yo estimado con todo mi corazon y de haberle distinguido con mi confianza hubiese él tratado de pagar mi estimacion y mi sinceridad con una ofensa de esas que al honor atañen, ¿qué hubiérais hecho vos, puesto en mi lugar, aun teniendo, como teneis vuestra cabellera nevada y vuestra sangre un tanto mas fria á causa de los años?

—No necesito deciroslo, caballero Adrian; sé muy bien como se lavan semejantes ofensas; pero como conozco la hidalguía de aquel á quien aludís, juzgo que antes de aventurar una provocacion, seria justo y noble y prudente, adquirir el mayor grado de evidencia respecto á su defecion. Ved que pudiera ofuscaros una apreciacion errónea, un cálculo infundado, una trama urdida cuidadosamente por la alevosía y la calumnia....

—No, no, exclamó Adrian sin poder dominar su impaciencia; lo que se vé no puede ser una apreciacion equivocada, ni lo que se sabe de positivo puede ponerse en tela de juicio. Vos, señor vizconde, no ignorais que toda mi familia está reducida á esa inocente y querida hermana, por cuya virtud debo y quiero velar; si supiérais que el amigo para el cual no tenia yo secreto alguno, me ocultaba los suyos; si véis que el hombre á quien yo franqueaba todas mis puertas las merodeaba ocultamente como el vil salteador que espera lanzarse sobre su presa; si ese hombre, en fin, hubiese tratado de engañar á dos mugeres y una de ellas fuese hija tambien del autor de mis dias, ¿qué diríais?

—Mucho me sorprendéis, señor de Montalvo; mas ya que me abris vuestro pecho yo tambien voy á usar con vos de igual confianza. Esto tal vez os sirva de estímulo para calmar vuestra inquietud, conociendo, como conoecis, la rectitud de mis principios. Dudoso estoy, á pesar de todo, de que el capitán Rugier de Lauriga quisiese faltar por satisfacer un vano capricho, á las mas sagradas consideraciones; pero aunque así fuese, vuestra hermana, pura como los perfumes de una azucena entreabierta, nada puede haber perdido por eso; su virtud es bien notoria, lo mismo aquí que en vuestro pais, y la prueba de que abrigo esta íntima conviccion es que vengo á pedir os su mano en nombre de uno de los mas nobles caballeros de Castilla.

Adrian pareció que respiraba con mayor libertad al escuchar aquellas palabras, que fueron pronunciadas en un tono franco y respetuoso á la vez, y el vizconde continuó.

—No sé si habreis comprendido que la persona de quien os hablo no es otra que D. Lope de Haro, presunto señor de Vizcaya. Enamorado perdidamente de las altas prendas de vuestra hermana, desea obtener vuestro consentimiento y luego el del rey. Sed franco y dadme una respuesta categórica.

Adrian, á quien no pareció sorprenderle demasiado esta noticia, quedó sin embargo profundamente pensativo durante algunos momentos; mas como el vizconde volviese á demandarle contestacion, dijo al fin.

—Me pedís una cosa, señor vizconde, que no está en mi mano conceder. De nada serviría mi asentimiento toda vez que nos falta el del rey D. Jaime nuestro agosto primo. ¿Lo daría este? Vos sabéis las relaciones de mutua alianza que tiene con el monarca de Castilla. ¿Querria esponerse á un rompimiento por favorecer á vuestros amigos los de Haro? Por otra parte yo no sé si mi hermana será gustosa en ello.

—Yo creo que sí, Montalvo; á vuestra hermana no le es del todo indiferente ese jóven, que á pesar de estar en desgracia tiene por otra parte muy dignas cualidades. Vos habreis observado que Catalina le profesa alguna estimacion y podeis además consultarlo con ella. Por mucho que la ame D. Lope no querrá nunca violentar su voluntad ni pretender un casamiento de pura conveniencia. De otro modo yo tampoco tomara cartas en este asunto.

Montalvo vaciló todavía un buen rato antes de dar su consentimiento; temia que el rey Felipe de Navarra pusiese algun obstáculo; mas atendiendo á ciertas razones del vizconde, quedaron ambos en ver el uno al rey y el otro á Catalina y se despidieron cordial y afectuosamente.

Despues de noticiar á D. Lope el resultado de su comision, Castelново se dirigió inmediatamente á la cámara del rey, quien á la sazón se hallaba en compañía de Doña Blanca su esposa.

Al entrar el vizconde estaba D. Jaime en estremo preocupado. Además de sus grandes cuidados, las reyertas de Lauriga con el jóven Montalvo le habian puesto de mal humor. La reina leia en un hermoso devocionario y parecia completamente abstraída de todo lo que pasaba á su alrededor.

El monarca levantó la cabeza al ver á Castelново que se habia detenido á una respetuosa distancia.

—¿Qué hay? le preguntó; ¿has cumplido exactamente mis órdenes?

—Sí, señor; respondió Castelново.

—Y qué ha dicho Montalvo? volvió á preguntar el rey en tono áspero.

—Que ahora como siempre vuestras órdenes serán acatadas.

—Bien puede ser; pero será violentándose el uno y el otro y aun así yo no las tengo todas conmigo. Rugier es pundonoroso, y bien mirado, á pesar de mi severidad para con él ha sufrido una afrenta con el desaire que Adrian le ha hecho públicamente.

—Entre amigos, señor, puede olvidarse todo, ob-

servó el vizconde; y puesto que no hay duda de que Rugier y Adrian lo son, aunque en un arranque de mal humor el segundo hiciese un desaire al primero, bien podemos esperar que ambos vuelvan á reanudar sus buenas relaciones.

—Oh! no; dijo el rey; yo no ignoro nada de lo que pasa y Montalvo tiene motivos para haber roto con Rugier de Lauriga. Si vos estuviérais orientado de ello, de seguro me daríais la razon.

Por parte del rey la conferencia habia terminado; mas como advirtiese que el vizconde no se retiraba y que mas bien parecia deseoso de hablarle, le dijo dulcificando la voz:

—Teneis alguna cosa que pedirme, vizconde?

—Lo habeis adivinado, señor, contestó este; vengo á cumplir un deber de amistad y á pedir os una gracia.

—En nombre de quién?

—En nombre de D. Lope de Haro que está enamorado de Catalina de Montalvo. Digno el uno del otro en mi concepto, solo falta saber si VV. AA. tendrán reparo en que esa boda se efectúe.

Estas palabras las pronunció Castelново dirigiéndose simultáneamente lo mismo al rey que á la reina; pero esta que habia estado con la vista fija en su devocionario y sin prestar, al parecer, su atencion á lo que se hablaba, soltó el libro de sus manos, púsose en pié y exclamó.

—Imposible! eso es imposible; mi prima no puede casarse con Don Lope.

—Oh! dijo el rey admirado; yo creí, mi querida Blanca, que no oíais lo que el vizconde me estaba diciendo; pero veo que prestábais toda vuestra atencion segun lo oportuna y apresuradamente que habeis tomado parte en el asunto rechazando esa proposicion.

—Lo digo, señor, repuso la reina algo cortada, porque eso seria querer malquistaros con el rey de Castilla. Sabeis que está en guerra con el de Navarra, y el casamiento de D. Lope con mi querida prima haría que los dos monarcas se enconasen mucho mas disputándose el señorío de Vizcaya, ó mas bien seria de parte nuestra atar las manos al de Castilla para que lo hiriesen con su mismo cuchillo. Esto no puede caber en vuestros hidalgos sentimientos, en particular si teneis presente que una hermana de D. Fernando IV ha compartido con vos el trono que ocupais.

El rey miró á Doña Blanca con ternura, y pesando las razones que daba y las que al parecer omitia por respeto á ciertas consideraciones, volvió á tomar la palabra.

—Ciertamente, dijo, que discurre como un Salomon. Nunca fué mi ánimo otorgar mi consentimiento y creo que, considerada la falta cometida por los de Haro, hemos hecho bastante en su obsequio. Vos, señor vizconde, podeis retiraros y decir á D. Lope que mientras esté en mi reino debe dejar de pensar en esa union imposible.

Castelново salió de la regia estancia en extremo desconcertado y pesaroso.

Al pasar por la antecámara iba pensando en la triste nueva de que era portador, cuando el de Ha-

ro le salió al encuentro y le preguntó lleno de ansiedad.

—¿Qué hay, mi buen amigo, habeis conseguido algo?...

—Nada; absolutamente nada, contestó el vizconde; su hermano segun os he dicho, cede gustoso; pero los reyes, y especialmente Doña Blanca os niegan su autorizacion, lo cual me ha hecho presumir una cosa.

—¿Qué cosa? hablad.

—He cobijado la idea de que Rugier esté verdaderamente apasionado de Catalina y os haya tomado la delantera.

—Si tal fuese, exclamó Don Lope cerrando los puños y conteniendo á duras penas la esplosion de su ira; os juro por la cruz de mi espada, que si hasta el presente no ha medido la suya con Adrian, mal podria dejar de hacerlo conmigo. Yo creo, si os he de hablar con franqueza, que en mas de una ocasion ha intentado ponerse en mi camino; pero Catalina le ha desairado distinguiéndome con su benevolencia. De todos modos ese hombre iba á casarse con una condesa, segun vos me dijisteis, y nunca ni por ningun concepto le cederé el terreno.

—Sea como fuere, volvió á decir Castelново, la respuesta de los reyes es rotundamente negativa, y hareis mal en obstinaros. Ved bien lo que haceis; y si quereis seguir un consejo de amigo, guardaos de pretender á Catalina. Por mi parte creo haber hecho en vuestro obsequio tanto y mas que si hubiéseis sido un hijo mio.

El vizconde se retiró sin pronunciar una sola palabra, y el jóven de Haro, trémulo de ira, desconcertado y herido en su corazon y en su amor propio, no sabia qué hacer ni qué partido tomar. Falto de accion, indeciso como el ave altanera despojada repentinamente de sus alas, tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón murmurando entre dientes algunas palabras:

—Oh! decia; yo no puedo renunciar... la amo con toda el alma y lucharé hasta derramar mi última gota de sangre.

De repente sintió que una mano se posaba sobre sus hombros. El contacto de aquella mano causó en él una impresion desagradable, y volviéndose bruscamente como deseoso de desfogar su cólera con alguno, se halló en presencia de un hombre que le dijo:

—¿No me conoceis, caballero D. Lope?

Despues de una breve pausa el interpelado dió una respuesta negativa.

—¿Qué quereis? preguntó al fin con despego.

—Soy el mismo que en un tiempo os entregó un pergamino de parte de vuestro padre.

—Sí, sí, dijo entonces D. Lope inspeccionando las facciones de su interlocutor; ahora reconozco que sois el mensajero que nos salia al encuentro el dia que llegamos á Zaragoza. Pero habeis nombrado á mi page. ¿Sabeis dónde está Ramiro?

—Seguidme si quereis verle.

—Seguiros...! ¿y por qué no viene él á buscarme? Ignora por ventura que será siempre bien recibido por mí?

—Os he dicho cuanto me compete deciros; si me seguís podreis verle inmediatamente.  
Está bien; guiad.

Guzman, pues no era otro, salió de la real antecámara precediendo á D. Lope.

Un cuarto de hora despues entraba este en una elegante habitacion amueblada con todo el lujo susceptible de la época. Sobre una mesa, colocada en medio de la estancia en que se hallaba, sus ojos tropezaron con algunos objetos que le eran conocidos, siendo estos una especie de capa azul y un birrete del mismo color sobre el cual gallardeaba una hermosa pluma blanca. El de Haro comprendió desde luego que su page no debia estar muy léjos de allí, toda vez que aquellas prendas constituian su traje de los días de fiestas; pero no acertando á definir por qué razon estaba todo preparado de aquella manera, murmuró para sí algunas palabras:

—A fé mia, dijo, que todo esto me parece bastante singular: el género de atavío que ostenta esta mansion, mas bien revela la intervencion inmediata de una dama de alta gerarquía, que la simple residencia de un oscuro pagecillo. Mas si es así ¿qué autoridad puede este tener para disponer aquí á su antojo hasta el punto de hacer colocar las prendas de su uso en semejante sitio...?

D. Lope se interrumpió repentinamente viendo con asombro delante de sí una dama hermosa y ricamente engalanada que se presentó de improviso á su vista. Vestia un traje blanco sembrado de flores azules, y su alabastrina garganta estaba rodeada de un collar de gruesas perlas. Un manto de color de grana, echado con descuido sobre sus hombros, completaban el traje de tan estraña beldad.

Atónito el de Haro al verla se puso de pié como movido por un resorte; se descubrió la cabeza y haciendo una respetuosa cortesía exclamó entre confuso y cortado:

—Señora, tengo el honor....

—Cómo! contestó la dama; ¿no me conocis ya, caballero D. Lope? ¿Ya no me llamais Ramiro? ¿O es que estoy tan bien trasformada con mi disfraz que habeis llegado á persuadiros de que soy en efecto una mujer?

—Ah! señora, repuso D. Lope poniéndose colorado; yo no acierto á comprender las razones que habeis tenido para honrarme viviendo bajo un mismo techo; mas sea cualquiera la causa que os impulsó á ello, estoy persuadido de que no solo sois una mujer, como habeis dicho, sino una rica hembra con la cual no he guardado los miramientos y consideraciones debidas, estando como estaba en la inteligencia de que permaneceriais en mi servicio. De todos modos os pido mil perdones y me avergüenzo de mi torpeza....

—Torpe ¿y por qué?

—Porque por mucha que fuese vuestra habilidad para ocultar vuestros atractivos y la distincion de vuestros modales, habia siempre en vos una cosa que yo no pude adivinar, aun abrigando la sospecha de que no érais lo que querais parecer.

—Cómo! sospechábais?

—Siempre creí que teniais un gran poder para imprimir un rumbo desconocido á todos mis asuntos, y no hace muchos días que se lo estuve diciendolo á Castelnovo.

—Castelnovo, dijo la dama dejando escapar una hechicera sonrisa, ha sabido cumplir como quien es, y vos no habeis tampoco dejado de ser quien sois por reprender alguna vez con aspereza al voluntarioso Ramiro. Tampoco dejareis de serlo porque os digais á vos mismo siempre que gustéis: "la condesa de Cinco-villas me ha servido...."

—Vos la condesa de Cinco-villas!

—Sí, pero repito que esto lo direis nada mas que para vos, caballero D. Lope. Hay secretos que están muy bien guardados en la mente de un caballero, el cual deja de serlo cuando los descubre, haciéndose merecedor de las contingencias que puedan sobrevenir.

—Si vos, señora, dijo D. Lope con gravedad, quereis imponerme un secreto, tanto ese como otro cualquiera, desde luego podeis estar segura de mi lealtad. Séame lícito sin embargo, que despues de haberos manifestado mi gratitud, os demuestre mi admiracion. Yo no acierto á comprender....

—La razon de haberos servido de page? podeis vivir confiado caballero D. Lope; una causa poderosa me llevó á Valladolid y otra, que no lo era menos, hizo que me asociara á una gran parte de vuestros proyectos. Tiempo es ya de decíroslo todo; vuestra causa es la mia y podeis contar con mi ayuda.

—¿Cómo! tambien vos?...

—Yo tambien tengo motivos para desear la caida del monarca de Castilla. Sabeis, y si no, debeis saberlo que los hermanos Carvajales son primos míos y que en secreto están sufriendo las injusticias del rey D. Fernando. Vos habeis escapado de la corte de este gracias á un milagro...

—Gracias á vuestro aviso, señora.

—Si, es verdad: que sin mí la trama urdida por el traidor del infante D. Juan hubiera producido su efecto; mas tambien es verdad que á no ser por una circunstancia feliz, que sin embargo pudo costarme la vida, ni yo hubiera podido daros aquel aviso, ni vos y vuestro padre gozariais de libertad en estos momentos. El mismo día que abandonásteis aquella ciudad fué registrada vuestra casa en la cual, afortunadamente, no se halló indicio alguno de culpabilidad.

—Gracias tambien á vuestros consejos habíamos reducido á cenizas la lista y demás documentos que obraban en nuestro poder.

—Si, Ramiro habia estado en todo; con esto lo-gramos muchas cosas á un mismo tiempo: en primer lugar, los demás conjurados quedaban libres de un fatal compromiso, y en segundo lugar las puertas de Valladolid no quedaban cerradas eternamente para vos.

Cómo! ¿teneis esperanzas?...

—No solo las tengo sino que estoy en la firme persuasion de que vuestro padre y vos debeis vol-



ver mas tarde ó mas temprano. Esto es cosa que corre de mi cuenta.

D. Lope que estaba cada vez mas maravillado y confuso al ver la admirable sangre fria con que Doña Ana trataba de unos asuntos tan graves, no pudo disimular las señales de su sorpresa.

—Veo, prosiguió Doña Ana, que todo esto os causa demasiado asombro y que sin embargo tengo que deciros cosas de mayor entidad. Por muy alejado que Ramiro haya estado de vos, la condesa de Cinco-Villas tiene noticias muy circunstanciadas de todo cuanto os conviene. Vos que delante de mí os habeis mofado muchas veces de la credulidad de las mugeres y habeis enumerado vuestras conquistas, vuestras infidelidades y vuestra independencia; vos, repito, habeis venido á Zaragoza y caido en las redes de amor, hasta el punto de no acertar á desprenderos de ella.

D. Lope se puso colorado y no pudo pronunciar una sola palabra.

—Habeis amado y amais, continuó la condesa; habeis tenido celos y los sentís todavía; habeis hecho que todo el mundo comprendiera el estado de vuestro corazon y que vuestros amigos os compadeciesen. Habeis, en una palabra, faltado á todos vuestros propósitos solicitando casaros con Doña Catalina de Montalvo.

—Es cierto, contestó D. Lope sin atreverse á negar lo que la condesa afirmaba con la mayor seguridad.

—Ya veis, prosiguió esta, como nadie puede decir en este mundo „De esta agua no beberé.“ Haciais burla de aquellos que no permanecian célibes durante toda su vida y hoy habeis sentido la mas terrible angustia, la mas mortal congoja al saber que el rey D. Jaime se niega á dar su consentimiento.

—Tambien sabeis eso? esclamó D. Lope llegando al último término de su asombro.

—Eso y todo.

—Mucho poder teneis, señora.

—Tal vez: mas como os he llamado para infundiros aliento y os veo en extremo desanimado voy á deciros en breves palabras lo que espero de vos y lo que quiero hacer en vuestro obsequio.

—Decid, señora, estoy á vuestra disposicion.

—¿Sereis constante en el amor que profesais á Catalina?

—Siempre; la amo con toda mi alma.

—¿Y si una persona os dice que tengais confianza y esperéis porque Catalina será vuestra, seis amigo sincero de esa persona?

—Seré su amigo, su esclavo.

—No quiero tanto; deseo solamente que continuéis la empresa comenzada, que me ayudeis á socavar los cimientos en que se afianza el trono del rey de Castilla.

—Y cómo hacerlo? Sin bienes de fortuna, pues todos los tenemos confiscados, errante, fugitivo....

—Emparentando con los Montalvos nuestra posicion variará de aspecto.

—Pero no veis que eso es imposible? El rey D. Jaime se niega.

—Siendo ellos súbditos de el de Francia y marchando á su corte lo antes posible, ya veis que D. Jaime nada podrá contra nuestra pretension.

—Oh! me iluminais, me devolveis la vida y la esperanza!

D. Lope acababa de recobrar súbitamente su alegría y vislumbraba en lontananza un porvenir mucho mas lisongero. En este momento Guzman penetró en la estancia presurosamente sin pedir permiso y Doña Ana le preguntó con altanería qué era lo que buscaba. Guzman le dirigió en voz baja algunas palabras que causaron en ella una impresion desagradable.

Disimulando á pesar de todo lo que pasaba en su interior, volviése hácia donde D. Lope permanecia de pié y le dijo afectuosamente.

—Id con Dios, caballero D. Lope; tened confianza y fuerza de voluntad, y nada habremos perdido. Cuando necesite deciros algo yo os haré buscar; pero no pronuncieis una palabra respecto á mi estancia en Zaragoza. De ello depende mi reposo y vuestra felicidad.

D. Lope besó respetuosamente una mano que Doña Ana le tendió sonriendo, y acto contínuo salió del salon precedido de Guzman.

Cuando Doña Ana se vió sola, la sonrisa desapareció de sus labios y sus ojos centellearon iracundos.

—Quiere vencerme, dijo, pero no lo logrará.

Y arrojándose sobre un sillón quedó abismada en un mundo de pensamientos sombríos.

## CAPITULO XVI.

Tres dias de término habia dado el rey á Rugier de Lauriga para salir de Zaragoza con una mision importante. Era forzoso obedecer, y por lo tanto renunciar á ver á Catalina; ¿pero cómo marchar sin saber si ella le amaba ó no? Esto era poco menos que imposible para el enamorado capitán, particularmente sabiendo que Ana estaba en el alcázar y que D. Lope quedaba en la corte. Sus enemigos tendrían entonces el triunfo seguro y Lauriga no podia consentir que le vencieran en aquella lucha haciéndole perder el cariño de su adorada, que era para él el mas precioso tesoro. Dice un respetable escritor que nunca las almas grandes deben tener mas fe en sus propósitos que cuando tropiezan con mayores escollos. Rugier de Lauriga tenia un alma elevada; así es que cuando el rey le dijo debia abandonar la corte, en vez de desalentarse columbró un mundo de esperanzas que de otro modo quizá no hubiera columbrado.

Aquella misma noche solicitó ver á la reina cuando esta se hallaba sola. Lauriga le abrió su corazon sin decir que Ana estaba en el alcázar, pues consideraba que hasta el último extremo su palabra de caballero debia de ser cumplida. Despues de una larga conferencia, Doña Blanca que se habia mostrado digna de aquella confianza, le dijo en tono benévolo:

—Estoy plenamente convencida, mi amigo Rugier, de que amais á mi querida prima, y desde

ahora me constituyo en vuestra protectora, mucho mas sabiendo que ella se muere creyendo que vos no la amais.

—Ah! os ha dicho algo tal vez, señora?

—No, pero no es difícil leer en su sencillo corazón.

—¿Con que no será infundada la esperanza que he concebido al recurrir á V. A.?

—Os he dicho que confieis en mí, que esteis enteramente descuidado.

—Qué buena sois! ¿Cómo podré pagaros semejantes bondades?

—Siendo como siempre un vasallo fiel á vuestro rey. Si este por un momento os manifiesta aspereza, dia llegará, no lo dudeis, en que os demuestre el grande cariño que os tiene.

—Siempre me lo ha demostrado, señora; y solo en esta ocasion se manifiesta demasiado severo conmigo. Apesar de todo, no desaprobándolo V. A., yo hubiera deseado abrirle mi corazón, hacerle ver que al poner mis ojos en Catalina, mi afecto era puro y sincero, en cuyo caso tal vez hubiera contado con su anuencia.

—Eso de ningun modo, Lauriga, contestó la reina con aire de conviccion; el rey ha sentido mucho que Adrian y vos hayais dado un escándalo en palacio cuando todo el mundo sabia que por su mediacion íbais á unir vuestra suerte con la de la condesa. Se ha dicho además que os han visto cierta noche con otra dama que no era mi prima y que esa dama tenia derechos sobre vos. Por otra parte, no debeis olvidar que habeis ajustado la paz con mi primo Adrian de Montalvo y que no seria justo dar lugar á que la maledicencia creyese basado nuestro triunfo tan solo en el buen éxito de vuestros amores.

—Teneis razon, señora, repuso Rugier, el rey no consentirá por ahora en este enlace, pero yo me he puesto bajo vuestra tutela y todo lo espero de vos. Os he dicho que adoro á esa jóven y que sin ella no puedo vivir.

—Y yo os he dicho tambien que ella os ama, que ambos quedais bajo mi proteccion y que por consiguiente debeis desterrar de vuestro pecho la pena que os acongojaba. Ahora podeis retiraros y hacer los preparativos del viaje. Acordaos que teneis que partir pasado mañana.

—Está bien, señora, pero.... El jóven se detuvo como si temiera faltar al respeto que se merecia la reina, ó como si fuese á exigir demasiado; pero Doña Blanca adivinó sus pensamientos y dejando escapar una dulce sonrisa exclamó:

—Temeis moriros de pena si antes no la veis ¿no es verdad?

—Oh! señora!

—Y como además os está vedado pisar el recinto que ocupan los Montalvos, como temeis el enojo de Adrian y aun de ella misma que os ha creído infiel, como no teneis, en una palabra, una persona que os aproxime y os haga felices, descais allá en lo mas recóndito de vuestras almas que la señora de todo un reino haga por vosotros lo que no os atreveriais á pedirle. Sea enhorabuena; conozco lo mucho

que habeis padecido y lo dignos que sois de que cese vuestra inquietud. Venid mañana á esta hora y á este mismo sitio, y os despedireis de Catalina; pero os prevengo que no me separaré de su lado.

Rugier no tuvo palabras para espresar su alegría y su reconocimiento; pero cayó de hinojos delante de Doña Blanca y besó respetuosamente la mano que esta se dignó tenderle.

Cuando ébrio de felicidad salió Rugier de la régia estancia, era ya bien entrada la noche. Sin saber por donde iba, pues tanto era el exceso de su dicha, llegó á cruzar la galería del norte que por un momento trajo á su mente algunos tristes recuerdos. Pensó en Ana y en la entrevista que tuvo con ella, pensó en la cruda guerra que aquella mujer le habia declarado, y sintió miedo en su esforzado corazón, porque en un alma noble y delicada no sabe la mayor parte de las veces afrontar los peligros y las asechanzas de un mal intencionado. Apesar de todo tuvo confianza en el porvenir y en el amor de Catalina, y siguió adelantando con pasos presurosos.

Al pasar por delante de la puerta de la habitacion que en otro tiempo habia ocupado ostensiblemente la condesa iba bien ageno de que esta le espiaba sin que nadie pudiera verla. Guzman estaba detrás de su señora á una respetuosa distancia, y al sentir pasós por el corredor dijo en voz casi imperceptible.

—El debe ser, señora.

—Silencio, dijo la condesa, y quedó con la vista fija en la misma direccion que Lauriga llevaba. Despues de un corto intervalo la jóven fué la primera que habló.

—Estás cierto, dijo, de haberle visto?

—Sí, señora, estoy cierto y puedo aseguraros que no una vez sola sino dos, y á pesar de ir embozado hasta los dientes puedo jurar que era él.

Los dos volvieron á quedar silenciosos por espacio de media hora, durante la cual no se apartó la condesa de su observatorio.

Al cabo se escucharon nuevamente pisadas á corta distancia, mas no como las de Rugier que habia atravesado la galería precipitadamente, sino con gran cautela y precaucion, como si la persona que se acercaba temiese ser vista de alguien.

—Ya está aquí, Guzman, dijo llena de júbilo; salgamos y no te olvides de llevar contigo lo que te he dicho, porque esta es la última vez que piso esta morada.

—Ya lo llevo todo, contestó el escudero con tristeza.

Ana iba cubierta con un manto negro, y abriendo la puerta salió de la estancia seguida de Guzman.

El desconocido se habia apoyado en uno de los pilares de la galería, y al ver salir á la condesa con su acompañante tomó la misma ruta que llevaban; pero se vió contrariado al notar que aquellos abrian una puerta, desconocida para él hasta entonces, y penetrando por ella le dejaron burlado sin poder seguirles la pista. El embozado, á quien pareció disgustar aquella contrariedad, se acercó sin em-

bargo á la referida puerta y golpeándola con la mano exclamó:

—Señora, señora, necesito hablaros.

La puerta volvió á abrirse y asomándose Ana dijo con misterio:

—Quién llamaba?

—Ah! señora, un caballero desea hablaros, y suplica os detengais un instante.

—Quién sois?

—Soy Adrian de Montalvo, á quien solo habeis visto una vez.

—Puedo fiarme de vos?

—Mas que de vos misma, señora.

—En ese caso entrad, dijo Ana cerrando la puerta luego que Adrian penetró en el sitio que ella se encontraba.

Montalvo se halló entonces en un sitio húmedo, estrecho y sumido además en las mas densas tinieblas; su corazón latía violentamente, y á no ser porque Guzman sacó una pequeña linterna que dejó escapar algunos rayos de luz indecisa, tal vez no hubiera acertado á dar un paso mas en aquel terreno completamente desconocido para él.

—Seguidme, dijo la condesa.

De este modo cruzaron silenciosos un largo pasillo y bajaron una escalera de caracol, hallándose los tres al cabo de breves momentos delante de otra puerta que abrió el escudero de Doña Ana.

Se hallaban en el jardín del alcázar.

La noche estaba oscura y el cielo encapotado: algunas gotas de agua y el súbito resplandor de algunos relámpagos anunciaban que la tempestad estaba próxima.

—Mala noche está para emprender un viaje, observó la jóven sin dirigirse á nadie y como si hablase consigo misma.

—Muy mala, señora, dijo entonces Montalvo deseando no desperdiciar un momento. Notad como ruge el huracán á lo lejos y lo espuesto que seria para vos emprender una jornada precisamente á las altas horas de la noche.

—Y por dónde sabeis vos que yo debía partir?

—Dispensadme, señora, hace algunos días que os ví sin saber como y desde entonces....

—Proseguid, caballero.

—Desde entonces mi pensamiento y mi alma no se han separado de vos. He sido vuestra sombra y os he visto entrar y salir en la Aljafería.

—Y sin embargo, murmuró la condesa como desconcertada; yo deseaba guardar completamente mi incógnito; que nadie tuviese noticia de mi venida.

—Nadie lo ha sabido por mí; podeis estar segura de ello.

—Gracias, caballero Montalvo; mas permitidme que me asombre al saber que habeis estado espionando mis acciones sin que me sea posible adivinar la causa que os ha impulsado á ello.

—Vuelvo á pedir os perdon y estoy pronto á deciroslo todo; mas ved que acrece la lluvia y que os estais mojando. Dignaos apoyararos en mi brazo y cobijémosnos debajo de aquel pequeño pabellon hasta tanto que pase el chubasco.

—Teneis razon; síguenos Guzman.

La condesa se apoyó ligeramente en el brazo de Adrian y el escudero los siguió siempre á una corta distancia.

—Sentaos, dijo la condesa dirigiéndose á Montalvo, luego que hubieron llegado al sitio que este le habia designado.

—No, dijo Adrian permaneciendo delante de ella en actitud respetuosa. Os debo una explicacion cumplida de mi conducta y os ruego que me presteis atencion aunque mis palabras pudieran desagradaros. Puede ser esta la última vez que os vea y es tambien uno de los instantes mas solemnes de mi vida.

Montalvo estaba profundamente conmovido.

—Siempre un caballero, contestó ella en voz baja, está en la posibilidad de explicar su conducta noblemente. Os he dicho que me estrañaba la vuestra, y no obstante la juzgo de posible y digna justificacion.

—Y sin embargo, pudiera disgustaros, señora. Hace bastante tiempo que tuve la fortuna de hablaros por la primera vez de mi vida, cuando un peligro seguro y una empresa demasiado árdua me obligaban á ocultar mi nombre y calidad. Entonces me visteis en traje de escudero, y el hombre oscuro no tenia derecho siquiera á mostraros su admiracion, y las impresiones que produjo en su alma vuestra sin par hermosura. ¿Mas qué mucho si ahora mismo me siento desalentado para explicároslo?

—Proseguid caballero, pero tened presente que una galantería no es una explicacion.

—Desde entonces, señora, no pude conseguir la honra de hallarme en vuestro camino para ofrecer os mis humildes respetos segun quien soy. He visto muchas mujeres y en ninguna encontraba ese sello de angélica, de celestial hermosura que os distingue entre todas. «No es su sombra.» decia yo siempre que miraba una mujer, por muy bella, por muy interesante que fuese. Y entre el desaliento que se apoderaba de mí viendo que ninguna se os parecia, y el deseo cada vez mas creciente de veros una sola vez siquiera, he pasado mis días y mis noches batallando en mi espíritu y deseando llegar hasta vos á pesar de que temia enojaros.

La condesa guardaba un calculado y significativo silencio. Adrian continuó procurando resumir su razonamiento.

—Hace algunas noches que, en virtud de circunstancias que no he sabido ni puedo explicarme, llegué á conseguir lo que hacia tanto tiempo anhelaba. Os ví de una manera imprevista, completamente inesperada, y sentí de nuevo, con mas fuerza si cabe, el influjo irresistible que vuestra belleza ejerció en mi alma en otra ocasion. Desde esa noche os he vigilado, me he convertido en vuestra sombra segun os llevo dicho, y al cabo llegué á persuadirme de que os ocultábais á los ojos de todo el mundo, esceptuando á Rugier de Lauriga vuestro prometido. Pero ese hombre no ha vuelto á cruzar por delante de vuestra puerta una

sola vez siquiera y yo ignoraba si él os veía en otra parte.

—En ninguna.

—Oh! me devolveis la vida con esa respuesta: yo no tengo derecho de ninguna especie ni aun para averiguar el estado de vuestro corazón. Pero habéis comprendido que os amo, y os diré que he sufrido el tormento de unos celos tan grandes como lo era mi insensatez.

La condesa se sonrió en medio de la oscuridad, pero no pronunció una sola palabra.

—Sí, os amo, continuó Adrian dejándose arrebatar por la pasión que le consumía; os amo como las aves al espacio, como la flor al sol que la vivifica. Direis que apenas os he visto, que no os he tratado y que por consiguiente no he podido probaros la intensidad y la constancia de este cariño. Pero vos ignorais que hace tiempo os llevo grabada en mi corazón, que no he conocido el sosiego desde que os ví, y que ahora mismo, al comprender que os marchais, siento que mi alma se desprende ansiosa de ir con vos á donde quiera que vayais. Os amo, sí; os amo y os suplico que tengais compasión de mí.

Adrian cayó de rodillas á los pies de la condesa que le tendió una mano en ademán de querer levantarlo.

El joven se apoderó entonces de aquella mano y arrebatado y lleno de esperanza, estampó en ella sus labios.

La condesa se puso de pié retirando el brazo con apresuramiento.

—Imprudente! exclamó sin poder contenerse y en ademán amenazante. ¿Sabeis quien soy? ¿sabeis lo que habeis hecho?

Adrian permaneció un instante de rodillas.

—Piedad! perdon! exclamó en tono suplicante.

—Levantaos, dijo la condesa dulcificando la voz; la tormenta se aleja y ya parece que ha cesado de llover. Dadme vuestro brazo, caballero Adrian.

—Me perdonais...?

—No os digo que sí ni que nó... esperad.

—Me amareis?

—Sois demasiado exigente; os he dicho que esperéis y seguíis exigiendo.

Los dos guardaron silencio.

—Pensais partir esta noche...? se atrevió á preguntar el joven lleno de inquietud.

—Dentro de media hora, repuso Doña Ana.

—Y vais...?

—A Francia.

—Oh! si yo pudiera seguiros...!

—¿Quién os lo impide?

—Mi honor.

—Lo sé, un desafío.

—Cómo! ¿no ignorais...?

—Nada, absolutamente nada.

—En ese caso...

—En ese caso y en otro cualquiera vuestro dueño debe realizarse.

—Pedís demasiado, señora.

—Me lo negareis?

—Oh!

—Escuchadme, caballero Adrian, dijo ella y se apoyó fuertemente en el brazo de su acompañante; voy á Francia y espero que nos veamos allí; pero si estimais mi aprecio en alguna cosa, si estais resuelto á seguir amándome y á esperar, concededme lo que voy á pedir.

Adrian fijó sus enamorados ojos en el rostro de la condesa, y viéndola sonriente, llena de irresistibles encantos, exclamó sin saber lo que decía:

—Mandadme, Ana; soy vuestro esclavo.

—Escuchad, vamos á separarnos ahora mismo solo por cuatro dias.

—¿Qué decís?

—Dentro de cuatro dias nos veremos en Sangüesa. Juradme salir mañana mismo de Zaragoza antes del medio dia.

—Y mi hermana?

—La llevareis con vos, ¿qué duda tiene?

—Os lo juro, respondió Adrian subyugado por el poder que Doña Ana ejercía sobre su ánimo.

Cinco minutos despues la condesa y Guzman salian del jardín y del alcázar llevando la primera escrita en su rostro la alegría de que estaba henchido su corazón. Adrian salió por la misma puerta separándose de su amada y aspirando con fuerza el ambiente que á su parecer habia ella embalsamado con su tibio y perfumado aliento.

—Imbécil! murmuraba la condesa de vez en cuando haciendo los preparativos de su viaje. Saldrás al medio dia y la reina será impotente. Rugier no verá á Catalina; y en cuanto á tí... oh! en cuanto á tí ya puedes esperar sentado si esperas que yo te ame alguna vez.

## CAPITULO XVII.

Adrian de Montalvo volvió á su morada dos horas antes del amanecer.

Acababa de hacer una promesa formal, y estaba perplejo y preocupado pensando en los medios de que habia de valerse para llevar á cabo aquella promesa.

Por eso en vez de acostarse y buscar el necesario reposo se arrojó sobre una silla y empezó á torturar su imaginación procurando hallar un motivo que, siendo decoroso, suspendiese por un término mayor de lo pactado su desafío con Lauriga y tuviese á los ojos del rey la verosimilitud necesaria á fin de que este no se opusiese á su partida.

Entregado á estas reflexiones y pensando entusiasmado en la muger á quien idolatraba, le hallaron los primeros reflejos del crepúsculo matutino sin que nada hubiera resuelto todavía.

Estando decidido sin embargo á seguir á Doña Ana, cuya memoria no se apartaba un instante de su mente, llamó al amor en su auxilio y este le sugirió una idea que en otro tiempo hubiera rechazado como poco digna de un leal y cumplido caballero.

—Es preciso, dijo; diré á D. Jaime que mi rey me manda partir inmediatamente. Ahora es ne-

cesario prevenir á Catalina y dentro de pocas horas podremos emprender nuestro viage.

Adrian llevó á cabo esta idea sin mas vacilaciones: habló primero con su hermana que recibió esta inesperada noticia con una angustia indecible, y apenas D. Jaime se hubo levantado tomó su vénia y le anunció que á las once de aquella misma mañana saldrían de Zaragoza.

—Si tal es el deseo de vuestro soberano, dijo D. Jaime un tanto picado en su amor propio, seguro podeis estar de que no seré yo quien se oponga á sus prescripciones. Id en buen hora y volved cuando gustéis á mi corte, donde siempre sereis bien recibido. La reina se ha levantado ya y podeis pasar si gustais á ofrecerla vuestros respetos. Supongo que antes de partir tendré el gusto de que me presentéis á vuestra hermana.

Adrian hizo una señal afirmativa, y viendo que el rey no se mostraba deseoso de prolongar por mas tiempo aquella entrevista, hincó la rodilla en tierra, besó una de sus manos, y retirándose silencioso se dirigió á las habitaciones de la reina que no tardó mucho tiempo en recibirle.

Doña Blanca al verle se mostró bastante fria y reservada; en vez de hacerle sentar, segun tenia de costumbre, le dejó que permaneciera de pié durante todo el tiempo que el jóven empleó en esplicarla las razones de su marcha, fundadas como sabe el lector en las supuestas órdenes que acababa de recibir de su soberano.

—Si no fuérais tan verídico y tan digno de ser creído, dijo al cabo mirándole atentamente, diria que os habíais turbado demasiado al hacerme vuestro relato. Hay mas, si no fuese porque conozco vuestra ejemplar conducta diria tambien que las tales órdenes de vuestro rey os han hecho pasar la noche en vela, toda vez que no es creible ni puede suponerse la hayais pasado de una manera borrascosa sufriendo los rigores de la estacion en que nos hallamos.

La reina acentuó estas palabras con tan marcada intencion, que Adrian temeroso de haber sido sorprendido no supo que contestar y se puso mas pálido de lo que estaba.

—Sea como fuere, continuó la reina, sabeis que tanto mi esposo como yo nos hemos interesado siempre por vuestro bien. Sentiria que vuestra salud estuviese algo quebrantada, y os aconsejo que descanséis siquiera algunas horas. Estais muy pálido, primo; teneis grandes ojeras, y además me pareis bastante conmovido. ¿Qué mas os dá salir mañana de Zaragoza cuando hayais descansado un poco mas?

—Si solo por el temor de que me halle enfermo quereis que permanezca en vuestra corte, dijo Adrian, yo os ruego, señora, que me dispenseis el que insista en marchar hoy mismo. Soy súbdito fiel del rey de Navarra, y le debo la mas puntual obediencia.

—El rey de Navarra! exclamó la reina mirándole cada vez con mayor atencion. Sin duda tendreis allí algun objeto que os llame mas poderosa-

mente.... ¿sabeis que hay quien os supone enamorado?

Esta vez Adrian se puso encendido como la grana.

—Yo no sé, continuó la reina, si lo estais de una navarra ó de una aragonesa. La ciudad á donde os dirigís dista muy poco de los lindes de este reino.

No es Sangüesa el punto á donde vais?

Adrian contestó afirmativamente.

—Sangüesa! continuó diciendo Doña Blanca; he oido hablar mucho de esa ciudad, y si mal no recuerdo, allí fué donde cayó herido nuestro pobre Rugier de Lauriga. A propósito ¿habeis hecho ya las paces con nuestro antiguo prisionero? Tambien he oido decir que habíais tenido con él un ligero altercado. Es verdad esto, primo mio?

—Tan cierto, señora, respondió Adrian con acento rencoroso, como que algun dia ajustaré con él las cuentas que tenemos pendientes.

—Sois demasiado altivo, Adrian; pero si yo os dijese que Rugier es digno de vuestra amistad; si yo os anunciase que vuestra hermana está prendada de ese jóven, ¿qué diriais?

—Diria, señora, que estábais equivocada; que mi hermana no puede amar á ese hombre, y que entre él y yo solo puede existir un mundo de mútuo aborrecimiento.

—Tiene razon, murmuró la reina entre dientes de una manera ininteligible; existe una mujer cuyo deprecado corazon he conocido bastante tarde.

Doña Blanca se levantó, hizo un saludo á Montalvo y le despachó con estas palabras:

—De todos modos, ya que os vais, debeis conocer que quiero despedirme de mi prima. Dentro de una hora espero verla. En cuanto á vos, estais dispensado. Os deseo un viaje feliz.

En el instante mismo en que Adrian salia por una puerta entró por otra una de las damas de mas confianza que tenia la reina. Esta se dirigió á la recien venida y le dió algunas instrucciones en voz baja. Cuando la dama se retiraba la reina volvió á llamarla y la dijo:

—Se me olvidaba, haced que llamen inmediatamente á mi confesor. . . . .

Una hora despues Catalina de Montalvo penetraba en la cámara de Doña Blanca. La jóven estaba pálida como un cadáver y sus ojos presentaban muestras inequívocas del llanto que habian vertido algunos momentos antes.

—Sentaos, hija mia, le dijo la reina con la mayor dulzura; hablád, abridme vuestro corazon antes de partir. ¿Os vais contenta de Zaragoza?

La maternal solicitud de Doña Blanca, lo suave de su acento y mas que todo la pregunta que acababa de dirigirle; pregunta que resonó dentro de su alma como la voz que despierta el eco de las dormidas montañas, causaron en Catalina tan honda, tan sentida impresion, que la pobre doncella no pudiendo ya contenerse, llevó un pañuelo á sus ojos que derramaron un raudal de lágrimas, mien-

tras de su pecho se escapaban algunos inarticulados gemidos.

—Vos llorais, vos sufrís, exclamó la reina estrechando una de sus manos; sufrís y llorais como si hubiéseis incurrido en alguna culpa, y sin embargo sois un ángel digno de toda la protección del cielo. Pero no, me equivoqué; quería decir que nunca habéis sido culpada, y sin embargo lo sois por no haber venido á mí tiempo hace con objeto de confiarme vuestras penas.

—Oh! perdon, señora. Es verdad que soy muy desgraciada; pero mis penas no pueden hallar un término posible.

—Niña! exclamó la reina cada vez mas con dolida y participando, no obstante, de una alegría que solo ella podia definir. ¿Pensais, que la virtud ha de ser siempre compañera inseparable del dolor y de los padecimientos? ¿Pensais que siendo buena, inocente y constante habéis de ser siempre víctima del dolo y la perfidia? Vos amáis ¿no es verdad, hija mía?

—Si, sí, amo con todo mi corazon; pero me han pagado de un modo cruel.

—Y si estuviéseis equivocada? ¿Si con vuestro desvío hubiéseis causado la mas terrible aflicción en el alma del hombre por quien os creéis olvidada; si ese hombre se presentase á vos en este instante mas enamorado que nunca y siempre digno de vuestra correspondencia, seguiriais juzgándoos la mas desdichada del mundo?

—Seria la mas feliz de las mugeres, contestó Catalina llena de pasión y olvidando todos sus pesares.

—En ese caso, exclamó la reina levantándose y abriendo de pronto una mampara, ahí le teneis. Entrad caballero Rugier de Lauriga.

Al mismo tiempo que este ébrio de felicidad se lanzaba dentro de la real estancia y que Catalina se levantaba de su silla dando un grito de júbilo escapado de lo mas profundo de su corazon, las dos hojas de una puerta que habia en medio de la estancia se abrieron súbitamente presentando á la vista de los atónitos amantes un cuadro tan extraño como inesperado.

Al través de aquella puerta se veia el interior de la capilla del alcázar, y al pié de un altar inundado de luz veíase la noble figura de un anciano sacerdote, que postrado de hinojos dirigia sus paces al cielo.

—Venid, dijo la reina aproximando á los dos jóvenes que se contemplaban embebecidos sin atreverse todavía á dirigirse una sola palabra. Habéis sufrido mucho y es necesario que el cielo os recompense tantos disgustos. Yo he creído interpretar su voluntad adoptando una resolución enérgica y decisiva que sin embargo debe permanecer oculta durante algun tiempo. No me digais una sola palabra, caballero Rugier; no trateis de explicarme vuestro agradecimiento; estais demasiado conmovido y conozco además que en el momento en que volvais á encontrar á la mujer que amais, para volver á separaros de ella, contareis los minutos como las horas mas preciosas de vuestra vi-

da. En cuanto á vos, prima mia, tened entendido que Rugier no os ha faltado un solo instante, y que segun me ha dicho en la conferencia que habia tenido con él cuando vos llegásteis, está pronto á daros su nombre y su mano, si vos aceptais lo uno y lo otro, ¿quereis ser su esposa, Catalina?

La jóven miró primero á la reina, luego á Rugier, y viendo la ansiedad de este exclamó tendiéndole una mano.

—Sí, sí, con toda mi alma.

Lauriga cayó á los piés de su amada sin recordar que la reina estaba delante. Lo mismo hubiera hecho en presencia del mundo entero.

Entretanto el sacerdote se levantó del sitio en que se hallaba, y se adelantó algunos pasos hácia la reina que le abrevió el camino dirigiéndose á él con objeto de dirigirle algunas palabras. Los jóvenes respiraron con mayor libertad.

—Al fin vuelvo á verte y vas á ser mi esposa, dijo Rugier lleno de emoción; al fin han cesado mis penas, mis celos, mi afán infinito. Vuelvo á verte y vas á ser mia, gracias á la reina que es un ángel de bondad y de misericordia.

—Sí, sí; murmuró Catalina mirando el sitio donde la reina se hallaba; sin ella yo hubiera marchado sin verte y hubiera muerto de pena en el camino.

—Y yo no te hubiera sobrevivido, ángel mio. Podrás creerme? apenas puedo explicarme ahora la razon de mi existencia. Porque yo que he vencido todos los azares de la suerte, yo que he lidiado con el rigor de los elementos y con la furia de los hombres, sin sentir pavor en el alma, yo, repito, tenia miedo de hallarme en tu camino y verte fria é indiferente, mostrándote tal vez afable con hombres que no podian amarte tanto como yo te amo. No puedo acertar, repito, como he vivido sin tí y para tí sin haber atravesado mi espada en el corazon del hombre á quien juzgaba mi rival. Porque tú me despreciaste por el de Haro, Catalina; tú me despreciaste una tarde cuando llegué á tí lleno de amor y de esperanza, anhelando estar á tu lado, llamándote con sin igual ternura. Tú en fin...

—¡Ingrato! ¿olvidas lo que yo habia sufrido antes de ese momento que me recuerdas? ¿Pienzas que mi corazon no sufría horriblemente despues de la noche que te ví salir del aposento de Doña Ana?

—Doña Ana! exclamó Rugier indignado; tiempo hace que mi corazon me lo estaba diciendo; esa muger ha sido causa de que hayas dudado de mi fidelidad, y sin embargo, ella es mi mayor, mi mas mortal enemigo.

—No la amas?

—No, la detesto con todos mis cinco sentidos.

Catalina trémula de felicidad, dirigió á su amante una mirada llena de inefable ternura. En aquel momento la reina se interpuso entre ellos y les dijo:

—Tiempo es ya que recordeis lo crítico de vuestra posicion. Vos, Catalina, teneis que reuniros con vuestro hermano dentro de breves instantes; vos, Lauriga, teneis tambien que salir de Zaragoza, porque así lo dispone la voluntad de mi esposo. Vais á

separaros no sabemos hasta cuando y yo que me he constituido en protectora vuestra, sabiendo que hay quien desea perderos, no quiero que volvais á sufrir ni á desconfiar el uno del otro. Estoy persuadida de que habeis nacido para amaros, y cargo ante Dios y los hombres con la responsabilidad de vuestra union.

La reina y los jóvenes amantes entraron en la capilla y un instante despues, Dios habia escuchado su juramento y bendecido su amor.

Los recién casados salieron de nuevo con Doña Blanca, y Rugier estampó un ósculo en la frente virginal de su esposa. Al sentir esta el contacto de sus labios y viendo que Lauriga obligado por la reina se separaba de ella, cayó sin sentido en un sillón que tenia cercano, mientras que de su pecho se desprendia un objeto que llevaba envuelto cuidadosamente.

—Es mi rosa! exclamó Rugier apoderándose de aquel objeto; es la rosa que me habian robado y que yo echaba tanto de menos.

—Sí, sí; lleváosla puesto que os pertenece, respondió la reina que hacia aspirar á la joven un pomó de esencias. Esa flor os la robó la muger que tambien ha robado el seso á mi pobre primo Adrian. ¡Pobre joven! Pero ya Catalina vuelve en sí y creo además que el rey se acerca con vuestro cuñado. Salid, Rugier; salid y evitadla el dolor de una nueva despedida.

Rugier miró á Catalina por última vez; volvió á besarla amorosamente y se alejó apresurado como si temiese que sus fuerzas le abandonaran.

Cosa estraña! El hombre valiente por excelencia tan temido en los combates, el que nunca habia vacilado delante de los mayores peligros, al separarse de su esposa tenia el corazón oprimido. Lloraba por la primera vez de su vida. Pobre Rugier!

Dos horas mas tarde los hermanos Montalvos abandonaban la capital de Aragon.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

## PAVIA.

DRAMA ANATÓMICO (1) EN SEIS ACTOS Y UN PRÓLOGO.

Este drama debia ser representado solamente por pavos. La dificultad, no de hallarlos en Madrid, sino de vencer su modestia para hablar en público, ha sido causa de no ponerlo en escena. Si en algun teatro de provincia cuentan con pavos intrépidos, quedan autorizados para ejecutarlo cuando gusten.

(1) Le llamo anatómico porque en el último acto hace un cocinero la autopsia de todos los interlocutores.

Entre tanto, ahí va un fragmento para que el público saboree sus bellezas.

### ACTO SEGUNDO.

La plaza Mayor de Madrid llena de puestos de naranjas, granadas, etc.; á lo lejos se oyen los armoniosos ecos de las chicharras de Sta. Cruz; varias manadas de pavos repartidas por el escenario en actitud de dolor y abatimiento.

PIANO.

Déjame, padre, aquí del mundo lejos  
Entre turrón, piñones y naranjas;  
Deja que el pico en tu azulada pluma  
Recline, y vierta lágrimas amargas.  
Yo la adoré con el amor de un ave;  
Juntos vimos pasar la alegre infancia,  
Y aunque sobran los pavos en el mundo,  
Nueve prendas de amor me dió mi pava.  
¡Ay! ¡Todos los perdí, todos!

PLUMON.

A verlos

Tal vez no volverás: sus carnes blancas  
Acaso entre sus dientes hizo trizas  
Hombre voraz ó melindrosa dama! (*Piano llora.*)  
No llores, no, los pavos jamás lloran;  
Que el llanto fuera en ellos mengua y mancha.  
Yo tambien como tú sufriendo palos  
Vine á Madrid la Navidad pasada,  
Y abandoné mis hijos y mi esposa,  
Y el verde suelo de mi cara patria.  
Yo tambien como tú, puesto á la venta,  
Hollé los adoquines de esta plaza,  
Y en los robustos hombros de un gallego  
Colgado por los pies corrí cien casas.  
En una ví... ¡qué horror! de dos hijuelos  
Segar rudo cuchillo las gargantas,  
Y arrancando sus plumas una á una  
Registrar palpitanes sus entrañas.  
Aun se eriza mi cola: vilos yertos  
Colgados al balcon en una escarpia....  
Y ¡oh familia económica! un pedazo  
Les iban á cortar cada mañana.  
Humeantes sus carnes sobre un plato  
En mar hirviente de amarilla salsa,  
¡Barbara! olia los queridos huesos,  
Haciendo gestos melindrosa gata.  
Horror! horror! en rico escaparate  
Con que L'Hardy su inspiracion proclama  
Entre cristales como el aire limpios  
Mi pobre esposa contemplé trufada....  
Ella por fin halló rico sepulcro  
En barrigas de noble aristocracia;  
Pero mis hijos los tragó un cesante  
Sin perdonar siquiera una piltrafa.

PIANO (interrumpiéndole).

Y os trufaron á vos?

PLUMON.

Cómo! si vivo.

PIANO.

Padre, teneis razon, no me acordaba.  
Cómo pudisteis escapar?

PLUMON.

Por flaco.

Nadie quiso prendarse de mi estampa,  
Y me mandaban á correr cocinas  
Tegiéndome las plumas de las alas.  
Así volví á poder del que me trajo,

Y á nuestra choza encaminé las plantas,  
Donde abracé á Pavia, esposa tuya,  
Hija del corazon que hoy me arrebatan.

PIANO.

Padre! padre! callad! suerte maldita!  
¿Por qué no estoy yo flaco y ella flaca?

PLUMON.

Y sin tales horrores ¿cómo diera  
Vuestra vida argumento para un drama?

PIANO.

Teneis razon, y el alma se me parte  
(Que tengo alma pavuna, tierna y blanda)  
Al recordar que mis amadas prendas  
Tal vez hirvieron en cazuela infausta.  
Oh! pero ved allí.... cerca del cielo  
Ved de aquella boardilla en la ventana  
Un pálido cadáver.... es de un pavo!  
¡Horrible herida el cuello le traspasa!....  
Oh! todos los difuntos se parecen,  
Pero la sangre y el amor me hablan;  
Es ella! es ella!.... y su postrer suspiro  
No me trageron las ingratas auras,  
Ni pude ver su postrimer instante,  
Ni recoger sus últimas miradas.  
Oh! dejadme.... la muerte, ó darla un beso;  
Dejad, dejadme....

PLUMON.

Nos observan, calla.

## ESCENA XX.

Un gallego atraviesa el escenario con una capacha  
llena de verduras y una pava colgando de ella, sujeta  
por las patas. Al llegar á los dos pavos se detiene para  
encender un cigarro, y ellos conocen á Pavia.

PIANO (con indecible tristeza).

¡Ay! ¿eres tú la cándida  
Consorte que algun dia  
De pavo amor dulcísimo  
Llenaba el alma mia?

PAVIA.

Sí, sí, yo soy, los pérfidos  
Me llevan á morir.

PIANO.

¡Y he de ver cual péndola  
Colgada de esa cesta,  
Amoratada y lívida  
La purpurina cresta!  
No, no, yo quiero impávido  
Tu suerte compartir.

PAVIA.

No con lamentos fútiles  
Lloreis mi desventura,  
Tambien vosotros próxima  
Teneis la sepultura;  
Pronto al humano estómago  
Descendereis los dos.  
Mas al rendir exánimes  
El postrimer aliento,  
Mandadme por el céfiro  
Siquiera un pensamiento:

Será mi muerte plácida.

(El gallego ha encendido el cigarro y echa á andar;  
Pavia exclama con inmenso dolor, alejándose de su  
padre y su marido):

Y.... ¡adios!... ¡adios!... ¡adios!!!

(Los pavos quedan consternados é inmóviles; cae el  
telon, y el público aplaude con entusiasmo y pide que  
salga el autor).

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## CORRESPONDENCIA.

Sra. Doña D. de S.: *Rincon de Olivedo*.—Suscrita  
por todo el año de 1859.

Sr. Don M. B.: *Motril*.—Idem.Sr. Don J. A. R.: *Huelva*.—Idem.

Sra. Doña D. B. de O.: *Arcos*.—Idem. El dia 24  
se le ha remitido el tomo de LA MODA correspon-  
diente al año de 1857.

Sra. Doña F. B.: *Lorca*.—Suscrita hasta fin de  
Febrero de 1859. Los números publicados este mes  
se le han remitido el dia 20.

Sra. Doña T. M. y Sres. Don B. S. y Don F. E.  
A.: *Vigo*.—Suscritos hasta fin de Marzo. Los núme-  
ros publicados se le han remitido á Vds. el dia 21.

Exema. Sra. M. V. de la M.: *Sevilla*.—Como ha-  
brá V. visto en el prospecto que se incluyó en el nú-  
mero anterior las suscripciones pueden hacerse por  
conducto de los comisionados, ó remitiendo á esta  
administracion sellos de correos ó libranzas de tesoro-  
ría. Los que tienen derecho á regalo son los que  
anticipan el importe de un año de suscripcion.

## Solucion del geroglífico anterior.

No es la miel para la boca del asno.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á  
cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la  
Constitucion, núm. 11.

